

VENEGAS, SOCORRO. *Ceniza roja*. Ilustraciones de Gabriel Pacheco. Páginas de Espuma, 2022. 104 páginas. ISBN: 978-8483933138.

CENIZA SERÁS, MAS CENIZA ROJA

La escritora y editora mexicana Socorro Venegas vio morir de forma repentina a Alan, su primer marido, cuando aún ella no había llegado a la treintena y su carrera literaria –iniciada por recomendación del psicoanalista que la ayudó a transitar el duelo (rescatado del olvido y publicado recientemente por Páginas de Espuma bajo el título *Ceniza roja*) también hay indicios de conciencia lingüística, sensibilidad literaria y lucidez poética.

La conciencia lingüística está presente desde las primeras entradas del diario, donde Venegas, aunque reniega de las palabras, se percata de la desorientación referencial del pronombre «nosotros» y de la dimensión que han cobrado la tercera persona y el pasado en su a veces desgañitada, a veces balbuceante, habla de doliente. No obstante, las interpelaciones a su marido son una constante (reverberan en nuestros oídos los ruegos «Regresa» y «Vive para mí») que ratifica esa lucha interna con la pérdida, al tiempo que rememora la aseveración de Irene Vallejo de que hablar con los difuntos es «algo *menos* que una conversación, pero mucho más que un monólogo». Si bien con el transcurso de los meses se impone la primera persona –que, habiendo estado «a punto de abismarse con el

amado», en algún momento confiesa: «Quiero amar otra vez» (72)– y, a través de breves incursiones en el género epistolar, empezarán a cobrar protagonismo de nuevo la segunda (eso sí, ahora encarnada en otros destinatarios).

En su obra *Aprender de la pérdida* el terapeuta constructivista Robert A. Neimeyer enumera una amplia variedad de tareas escriturales (biografías, cartas «que no se envían», epitafios...) para facilitar la reflexión y la integración de la pérdida, y hace hincapié en que su acometimiento no está reservado a personas dotadas verbalmente; al contrario, defiende la reveladora elocuencia de las personas inmersas en procesos de duelo. De hecho, en el caso de los diarios, género recomendado para las pérdidas traumáticas, una de las normas es explícita en este sentido: «No se preocupe por la gramática, la ortografía, la letra o la corrección tipográfica. Lo importante es que se implique con el material y no el valor literario que este tenga» (221). En el diario de Venegas, sin embargo, sensibilidad y vocación literarias impregnan la escritura terapéutica, próxima en muchas páginas a la prosa poética y, en otras, proclive al verso. Ejemplo de ello es el grado de intimismo y el hallazgo constante de imágenes y metáforas, entre las que destaca «ceniza roja» –tal vez procedente de los versos «Cenizas es tu nuevo nombre. / Mi sangre, tus cenizas» (39)– que da título a su diario de «secretos negros». (Rojo y negro que, por otra parte, el cromatismo del ilustrador Gabriel Pacheco integra de forma magistral en unas imágenes sombrías, en las que para un ojo avizor el verde también tiene indudable relevancia).

Con todo, Socorro Venegas, frenética lectora y escritora de poesía en esos años de juventud, se lamenta: «Un diario. Si fuera capaz, escribiría poemas» (20). Y, ciertamente, su diario no es un



poemario en sentido estricto como por ejemplo *Variaciones sobre un tema dado* (2018), escrito por la poeta rumana Ana Blandiana al enviudar; pero hace alarde de una lucidez poética que la autora verbaliza tras nueve meses de escritura a modo de epifanía de la siguiente manera: «abrí los ojos a una claridad que lo anegaba todo» (83). Esta lucidez—acaso William Worden, otra de las autoridades en el tratamiento del duelo, hablaría de la resolución de las cuatro tareas del duelo, a saber: aceptación de la realidad de la pérdida, experimentación del dolor que conlleva, adaptación a un entorno en que falta la persona fallecida y su relocalización dentro de la vida propia honrando su memoria—no es sobrevenida. Desde la desolación primigenia—donde Venegas se considera «como los ángeles de Wim Wenders, invisible y habitante de una eternidad maldita» (64)—se va gestando a través de la conquista de la esperanza y de la «alegría serena», de la escucha del cuerpo deseante, del recuerdo agradecido, ya que «Me fue dado amarte» (36)...; y, en definitiva, del rescate del corazón del «rincón de artefactos inútiles». Es más, en la antepenúltima entrada del diario, al estilo de Cortázar en *Historias de cronopios y de famas*, se permite dar las siguientes instrucciones para dolientes:

No sabes cómo pesa un muerto. [...] Incinéralo de inmediato, que arda bien pronto, que se consuman sus verdosidades. Hay tanto por hacer. Más vale empezar cuanto antes. Contempla el oscuro humo que escapa de

la chimenea del crematorio. ¿Una verdadera despedida? Sopla.

Sea o no literatura; sea o no poesía, *Ceniza roja* es un testimonio de que, como afirma Boris Cyrulnik en su obra *Escribí soles de noche*, «un duelo es una pérdida dolorosa que obliga a la creatividad» (95). Y, como otras obras autobiográficas de la literatura hispanoamericana actual (pensemos en títulos como *Lo que no tiene nombre* (2013) de Piedad Bonnet o *El olvido que seremos* (2006) de Héctor Abada Faciolince), contribuyen al abordaje del tema de la muerte desde un punto de vista resiliente. Y es que, dedicado «a quienes se les han dilatado las pupilas con la pérdida», según el diario de Venegas: «La luz volverá».

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- BLANDIANA, Ana (2018). *Variaciones sobre un tema dado*. Visor.
- CYRULNIK, Boris (2020). *Escribí soles de noche. Literatura y resiliencia*. Gedisa Editorial.
- NEYMEYER, Robert A. (2019). *Aprender de la pérdida. Una guía para afrontar el duelo*. Booket.
- VALLEJO, Irene. «Ceremonias del adiós». Recuperado de https://elpais.com/elpais/2020/05/06/eps/1588764057_074647.html.

Bárbara RODRÍGUEZ MARTÍN
Universidad de La Laguna
E-mail: brodrigm@ull.edu.es

DOI: <https://doi.org/10.25145/j.clepsydra.2023.25.12>

